

ANALES de la FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

Tomo XXIV, Nº 2

Lima, 2º Semestre 1941.

PARACELSO

POR EL PROFESOR DOCTOR

HONORIO DELGADO

Figura peregrina en grado sumo es la del egregio médico cuya fructuosa y atormentada vida trato de evocar aquí, cuatrocientos años después de su término. Figura impresionante por vigorosa y complicada, que en parte refleja y en parte transforma un mundo que apaga sus luces y entrevé la nueva aurora; figura capaz de provocar entre sus propios contemporáneos los juicios más diversos y antagónicos, y cuyo estudio a través de siglos de laboriosa indagación no ha logrado la unidad del conocimiento incuestionable. Pese a los incontables descubrimientos de los paracelsistas objetivos, sobre todo de KARL SUDHOFF, cúspide de la historiografía médica contemporánea — que dedicó los mejores y más dilatados esfuerzos de su existencia de investigador afortunado a esclarecer la biografía y establecer la autenticidad de los textos de PARACELSO—, apenas si ha mermado el abismo de misterio que rodea al hombre y a su obra.

Sírvame de disculpa para la imperfección del presente ensayo la persistente discordancia de criterios en la valoración de la conducta y las ideas del genial renovador de la medicina y del pensamiento científico, y la general incertidumbre acerca de puntos esenciales de su historia y de su doctrina.

Sé de antemano que no lograré hacer justicia a PARACELSO en todos los aspectos de su acción y de su espíritu. Mas todo esto no significa que hoy se pueda dudar de la originalidad de su actitud frente a las cosas visibles e invisibles ni de la importancia de sus enseñanzas positivas. De ellas pueden derivarse concepciones y consecuencias varias, pero jamás una visión rastrera de la vida — lo que resulta precioso cuando, como al presente, la inmensa mayoría de los hombres, acomodaticia y vulgar, se mueve sólo por los resortes del interés material y del placer efímero.

Evoquemos, pues, con admiración y reverencia, la grandeza ejemplar de PARACELSO, figura asequible a todo espíritu capaz de nobleza, en su penetrante y amorosa visión de la naturaleza, en su infatigable y cordial vocación de servir y comprender al prójimo enfermo o desgraciado, en la mística consagración de su alma a Dios — todo ello con pureza y sinceridad invariables, en maravillada actitud receptiva, con pujante empeño de trascendencia, y, según frase de NIETZSCHE, “no sólo con un corazón animoso como el de un león, sino también con la inocente paciencia de un cordero”.

BIOGRAFIA

Del aristocrático linaje de los BOMBASTE VON HOHENHEIM, familia de Suabia, con castillo en Riet, y acerca del cual existen documentos que se remontan hasta principios del siglo XII, WILHELM BOMBAST VON HOHENHEIM se casa con una dama suiza de la familia OCHSNER, también noble y muy piadosa, como la del esposo. PARACELSO, hijo único de este matrimonio, nace en Einsiedeln o María Einsiedeln (Ermita de María), en el cantón suizo de Schwyz, no lejos de Zurich, no se sabe en qué día del año 1493 — probablemente el 10 o el 14 de noviembre. Nuestro héroe tiene varios nombres : de pila parecen ser PHILIPPUS THEOPHRASTUS; el padre le llama AUREOLUS a causa de la cabellera rubia del niño, y él mismo latiniza el HOHENHEIM apellidándose PARACELSUS. Además se le solía llamar GERMANUS o SUEVUS por su origen, y HELVETIUS o EREMITA por el lugar de su nacimiento. La madre, cuyo nombre se ignora, dependió en cierta forma del monasterio benedictino de María Einsiedeln, lugar frecuentado por los peregrinos, lo que sin duda

influyó poderosamente sobre el desarrollo de la religiosidad de PARACELSO. Muerta la madre, en 1502 padre e hijo se trasladan a Villach, en el hermoso valle del Dran, donde WILHELM BOMBAST ejerce la profesión de médico, como **Stadtarzt**, hasta su muerte, en 1534. Ahí, como ya en Einsiedeln, el padre enseña al futuro príncipe de la medicina los tesoros de la flora alpina y las virtudes curativas de las plantas medicinales, abundantes hasta el día en esas regiones. Parece también que el padre le llevaba consigo al visitar a sus enfermos y hasta que le inició precozmente en el saber médico, con la práctica y los libros — orientación temprana de la vocación, muy de acuerdo con los consejos de HIPOCRATES. El latín y los conocimientos escolares los recibió en Villach de clérigos de Lavanttal. En su obra acerca de la **Cirugía Mayor** señala PARACELSO como sus iniciadores en la **adepta philosophia**, a su padre, al obispo ERHART y a sus antecesores de Lavanttal, “muchos abades VON SPONHEIM”. SUDHOFF ha disipado el antiguo error de creer que esta referencia aludía a TRITHEMIUS, abad VON SPONHEIM en Nahegau y polígrafo fantástico nada estimable : se trata de las enseñanzas recibidas por PARACELSO en los escritos de los abades VON SPONHEIM, sobre todo de BRUNO (1117-1140), hijo del conde BERNHARD.

PARACELSO estudia medicina y recibe el birrete de doctor en la famosa Universidad de Ferrara, siendo sus maestros LEONICENO y MANARDI. Hay indicios de que previamente estudiara Artes en Viena. En el prólogo de su **Cirugía Mayor** declara : “Pues he frecuentado largos años las escuelas superiores alemanas, italianas, francesas y he buscado el fundamento de la medicina”. Las escuelas no le ofrecen el saber que ansía, y se entrega a la vida errante, que será fuente de experiencia renovada y forma definitiva de su existencia. En efecto, apenas doctorado, recorre casi toda Europa, visitando varias ciudades de España y Portugal, de Inglaterra, Escocia e Irlanda, de los países escandinavos, de Prusia, Letonia y Polonia, de Valaquia y Croacia, y parece que por oriente llega a Constantinopla y por el sur a Alejandría, desembarcando en Rodas, Samos, Creta y Sicilia, para recorrer toda Italia. El largo tránsito, en gran parte a pie, termina con la visita de las minas de mercurio de Idria, en Austria, y el retorno al hogar paterno. En estos viajes y en los

futuros, PARACELSO, desengañado de la ciencia de las escuelas, trata de hacer su aprendizaje personal ejerciendo la medicina en los campos y las ciudades, en las epidemias y en las guerras; todo lo inquiere y de todos aprende; se mezcla sin distinción con las gentes doctas y profanas, principalmente con éstas, para adquirir los conocimientos prácticos de la medicina popular, procedan de donde procedan : de monjes, curanderos, herbolarios, bañeros, pastores, viejas, gitanos, y hasta de verdugos y brujas. Pero sobre todo persigue la experiencia original de la naturaleza, pues para él "todo lo creado son letras y libros". La ciencia no se alcanza en la vida sedentaria de la ciudad, sino recorriendo el amplio y diverso mundo. "Eso lo quiero certificar con la naturaleza —dice PARACELSO— : quien quiera investigarla debe recorrer sus libros con los propios pies. Los escritos se descifran por medio de sus letras; pero la naturaleza, yendo de tierra en tierra, y considerando a éstas tan pronto como tierras, tan pronto como páginas. Así es el *codex naturae*, así es menester dar vueltas a sus hojas".

Positivamente, PARACELSO obedece a una íntima necesidad de peregrinar, que acepta él mismo como una predestinación; pero es innegable que las circunstancias exteriores favorecen en parte este sino. Como todo médico, se propone establecer su práctica profesional en un lugar determinado, y como todo docto con vocación docente, intenta profesar en una universidad a la que une su carrera. En ambos casos se frustra la posibilidad de vida sedentaria para nuestro héroe. Inicia su práctica en Salzburgo, pero pronto debe abandonar la ciudad, en mayo de 1525, después de sufrir prisión por acusársele injustamente de connivencias con los aldeanos sediciosos (que triunfan poco más tarde). Después de ejercer fugazmente la profesión en Ingolstadt y de pasar por Neuburgo, lugar en el cual probablemente entra en contacto con el alquimista HANS KILIAN, en 1526 se le encuentra en Estrasburgo, donde compra el derecho de ciudadanía y se inscribe en la corporación "Lutzerne", a la que pertenecen los cirujanos, junto con los traficantes en granos, molineros y fabricantes de almidón. Aquí parece que fijará su residencia, pues opera curaciones sensacionales y, tal vez también a causa de su original obra sobre la salud y la enfermedad, *Volumen medicinae Paramirum*, cuenta con admiradores entusiastas, uno

de los cuales le proclama grande y se refiere a él como "joven que no tiene igual en todo el mundo, acertado y excelente en filosofía, medicina, astronomía...". Pero de aquí también se ve obligado a partir, a causa de la difícil situación que se le crea a raíz de un pleito ruidoso con el margrave FELIPE I de Baden, que se niega a pagar los honorarios exigidos por el joven y orgulloso doctor, correspondientes al tratamiento de una grave enfermedad intestinal. Por último, se repite el fracaso y la fuga en Basilea, donde al principio se le acoge con entusiasmo y es protegido por las mismas autoridades de la ciudad. Su paso por Basilea constituye la etapa más dramática de la vida de PARACELSO y también la de mayores consecuencias para su carrera.

Hacia fines de 1526, el famoso impresor JOHANNES FROBEN, influyente vecino de esa ciudad, después de largos padecimientos se halla en peligro de perder una pierna. Los cirujanos, temerosos de la gangrena, acuerdan la amputación como único remedio. El paciente concibe una última esperanza con las noticias que le llegan de las prodigiosas curaciones de PARACELSO. Llamado éste de Estrasburgo, donde aun es bien quisto, logra con procedimientos de terapéutica conservadora devolver la salud y la aptitud locomotriz al ilustre enfermo, que poco después, en febrero de 1527, puede trasladarse a la feria editorial de Francfort. El éxito de esta curación anima a ERASMO, el renombrado humanista, alojado a la sazón en casa de FROBEN, a consultar sus dolencias a la nueva lumbrera de la medicina, cuya clientela y cuya situación oficial están aseguradas. En efecto, con el favor de tan poderosos amigos, el Municipio le nombra "físico" (médico) de la ciudad y profesor de medicina y cirugía. Al fin se le abre el camino que le permitirá renovar oficialmente la enseñanza de su arte. Establecido en Basilea, comienza a dictar sus lecciones diarias en la universidad. En su programa, difundido en hojas volantes con fecha 5 de junio de 1527, precisa su disposición revolucionaria. Quiere limpiar a la medicina de los errores más graves y enseñar la doctrina que ha concebido conforme a la naturaleza de las cosas en la brega de la experiencia personal. Entre otras cosas dice: "Quién ignora que hoy en día la mayoría de los médicos causen los mayores perjuicios a los enfermos tratándolos de la peor manera, pues están esclavizados a las palabras de HIPOCRATES,

GALENO y AVICENA y otros, como si resonaran en el oráculo del trípode de Apolo, y de cuya letra no debieran apartarse ni un dedo. Si Dios quiere, así se puede adquirir deslumbrador título de doctor, pero jamás nace de ese modo un verdadero médico. No son el desiderátum para el médico ni el título y la elocuencia, ni la pericia verbal y la lectura de numerosos libros, aunque pueden ser bellos adornos, sino el más profundo conocimiento de las cosas y sus misterios... Tarea del médico es conocer las diversas clases de enfermedad, sus causas y síntomas, y por encima de eso dedicar su sagacidad y su industria a la aplicación de los fármacos y, según las circunstancias y particularidades, la asistencia racional más solícita. Trataré de mi propio método de enseñanza... No he compuesto estos libros mendigando a HIPOCRATES y GALENO y otros tratadistas, sino sobre la base de la experiencia, la más alta maestra de todas las cosas, y en infatigable trabajo. Y si algo voy a probar no será por medio de autoridades, sino por experiencia y razones propias”.

Es fácil imaginar que los colegas de la Facultad, a quienes el Municipio no ha consultado el nombramiento, reciban el programa de PARACELSO como un reto y reaccionen en consecuencia. El flamante profesor, fogoso polemista, no piensa evitar el escándalo. Antes bien, lo agrava más y más. No presenta sus papeles ni cumple los trámites y pruebas establecidos para ingresar en regla a la institución docente. A estas omisiones, que ya son rudo desacato, agrega el agravio teatral. El 23 de junio, víspera del día de San Juan, que el pueblo celebra con fogatas, PARACELSO, rodeado de una multitud de discípulos y admiradores, en la plaza principal de Basilea, lanza a la hoguera la **Suma de los libros**, representación de las obras canónicas de la medicina (no parece que fuese el **Canon** de AVICENA, inmenso folio). Como si todo esto no fuera suficiente, se toma la libertad, que parece inaudita, de dictar el curso de cirugía en idioma alemán, en vez de hacerlo en la lengua latina de los doctos, como es uso desde que existen universidades.

El claustro castiga al intruso prohibiéndole el acceso al aula y gestionando se le impide el ejercicio de la profesión. Con el apoyo de la autoridad municipal, PARACELSO logra que se anule el efecto de estas medidas. Logra también con semejante apoyo que se obligue a los farmacéuticos a mejo-

rar el servicio en provecho del público y hasta propone, ejerciendo sus funciones de médico municipal, que los encargados de preparar los medicamentos sean sometidos a exámenes de competencia — lo cual contribuye a reforzar las filas de sus enemigos. Mas para él lo único que importa es su nueva ciencia y los discípulos, matriculados o libres, que la reciben, no pocos procedentes de las ciudades alemanas donde ha hecho adeptos. Y es precisamente en medio de este grupo querido de sus oyentes, a los que trata con demasiada familiaridad, donde se maquina el golpe que provocará su caída. Un día domingo, aparece un pasquín pegado a la puerta de algunas iglesias y de otros edificios públicos, cuyo texto escarnece al maestro. **Manes Galeni adversus Theophrastum, sed potius Cacophrastum** (Los manes de Galeno contra Teofrasto o mejor Cacofrasto) se titula el anónimo libelo, escrito no sin ingenio en buenos versos latinos. En él se ridiculiza el lenguaje, las ideas y la vida privada de PARACELSO; se le exhibe como un soñador alocado, autor orgulloso de monstruosidades, que se adorna con plumas robadas, iluso alquimista, curandero con cebollas y ajos, y cosas peores. Lleno de indignación, PARACELSO denuncia la tropelía y reclama se investigue e imponga castigo, como si fuese fácil descubrir al autor. El magistrado está de su parte también en esta ocasión, pero, aunque lograrse la vindicta, nada podría hacer para rehabilitar a quien ya se sabe traicionado por los que consideró más suyos. Muerto FROBEN, el Municipio, último apoyo que le queda en la ciudad, se lo enajena él mismo con su impulsividad de querellante defraudado. Ha devuelto la salud al rico canónigo KORNELIUS VON LICHTENFELS y le cobra subidos honorarios, de la misma manera que cura gratuitamente a los pobres, a los que en ocasiones obsequia su dinero y hasta sus vestidos. Se indigna del fallo judicial que aplica la tarifa ordinaria, y hasta insulta a las autoridades. En peligro de ser encarcelado, una noche de febrero de 1528 abandona furtivamente Basilea con el corazón desolado. Desde entonces sabe que su destino es sufrir en la inmensa lucha de dos concepciones, en la cual será sacrificado el heraldo de la nueva, que al fin se impondrá. Más tarde exclama, seguro de ese triunfo : “Seré monarca, y mía será la monarquía”. “Yo os anuncio y garantizo que mis escritos perdurarán, y vera-

ces, hasta el fin del mundo... Yo os orientaré después de mi muerte”.

En Basilea queda abandonado el gabinete del taumaturgo, probablemente a cargo de OPÓRINUS, discípulo predilecto y secretario, que poco después dejará los estudios médicos para llegar a ser editor renombrado. Andando el tiempo, OPORINUS también cambia de actitud frente a su maestro y, muerto éste, escribe una epístola infamante, que JOHANN WEYER, el destinatario, da a la luz pública en su libro *De praestigiis daemonum*. Allí pinta OPORINO la vida íntima de PARACELSO; lo exhibe como hombre desaliñado, bebedor desde los veinticinco años y disipado, aunque nada afecto a las mujeres. “Durante los dos años que lo traté y viví en su compañía — escribe — día y noche se entregaba a la bebida y la francachela... Con todo, cuando regresaba a casa, por muy ebrio que estuviese, al dictarme algo de su filosofía, parecía tan coherente como no podría esperarse del hombre más sobrio... A menudo llegaba a media noche, ...se arrojaba al lecho con su espada, que afirmaba haber recibido en obsequio de un verdugo, y de cuando en cuando se ponía en pie, la desenvainaba y la blandía como un delirante, la arrojaba contra la pared, de suerte que muchas veces temí que fuera a cortarme la cabeza... Siempre tuvo fuego en el hornillo, cocinando ora su *alcali*, ora su *oleum sublimati*, ora su *praecipitati* rey, ora su aceite arsenical o *crocus martis* o su maravilloso *opoldeltoch*, y no sé qué otros brebajes. Una vez casi asfixia mi espíritu vital con las emanaciones de su alambique...”.

Ahora se apaga la lumbre en el amado hogar de Basilea, y solitario en los caminos del mundo, como en el de la ciencia, PARACELSO reanuda su vida errante y de labor continua, con la nostalgia de otros viajes que fueron alegres. Tal vez recuerda el de las vacaciones del último otoño, que le reunió con los estudiantes de Zurich, *combibiones optimi* (como él les llama), en fiestas joviales, casi báquicas. Las nuevas andanzas le llevan a Ensisheim y Colmar, donde encuentra buenos amigos y numerosa clientela, que no logran retenerle. En 1529 pasa a Nuremberg, centro editoria! importante, donde quiere publicar sus libros sobre el morbo gálico, la sífilis, enfermedad que por entonces hace terribles estragos en Europa. PARACELSO se adelanta a su época con descripciones

certeras de la proteica variedad de formas de este mal. Pero no se contenta con descripciones clinicas. Su tempestuoso temperamento le lleva siempre al combate. La nueva contribución científica — cuya publicación se dificulta por el veto de la universidad de Leipzig — es también una diatriba contra los desaciertos de los colegas. La misma inclinación expresa en su **Libro de hospital**, elaborado entonces, que comienza con la nobilísima sentencia : “El principio supremo del arte de curar es el amor”, y termina impugnando y ridiculizando a los médicos que le consideran sólo cirujano. Ciertamente, él, a diferencia de sus colegas de la época, se ha dedicado a la cirugía y hace poco escribió “Siete libros sobre todas las heridas abiertas”, pero ante todo es médico, el médico real y no el de la mentira y la letra muerta. Su franqueza y acometividad le hacen ingrata la permanencia en Nuremberg y su ansia de nuevos horizontes le empuja esta vez hacia el sur. Pasa una corta temporada de cogitación religiosa en el castillo de Baratzhausen a principios de 1530. Ahí también escribe una obra, titulada **Paragranum** o **Liber quatuor columnarum**, que trata de las cuatro columnas de la medicina, a saber, la filosofía (en el sentido de conocimiento de la naturaleza), la astronomía (o ciencia de las influencias cósmicas), la alquimia (química farmacéutica) y la virtud (que el médico recibe de Dios).

Aunque PARACELSO abandona Baratzhausen en marzo de 1530, no se tienen noticias de su actuación hasta comienzos de 1531, cuando en San Gall, dedica el tercer libro de su **Opus paramirum** al alcalde de esta ciudad, JOACHIM VON WATT, médico y hombre de letras, conocido también con el nombre de VADIAN. Ambos médicos se unen en una amistad entrañable, la cual permite a PARACELSO dedicarse con fervor al trabajo profesional y a la redacción de sus escritos. Un cronista de la época apunta estos datos acerca de VON HOHENHEIM : “Es laboriosísimo, duerme poco. Nunca se desviste, con botas y espuelas descansa tres horas echado en la cama, y después escribe y escribe”. Con esta diligencia febril termina su **Opus paramirum** y una curiosísima obra acerca de las enfermedades invisibles (**Morbi invisibles**), a la vez profunda y farragosa, mezcla de espiritualidad sublime, doctrina médica y ciencia oculta. Por entonces PARACELSO entra en muy estrecha relación con BARTHOLOMAEUS SCHOBIN-

GER, "el rico", antiguo conocido suyo, cultor de la alquimia. Parece que pasan juntos una larga temporada en el castillo Schobinger, en Rockenhausen, hacia 1533. Probablemente en los momentos que le dejan libre los estudios y experimentos de alquimia, en ese retiro se entrega a especulaciones teológicas.

PARACELSO, *homo factivus*, no puede empero dedicar mucho tiempo a la vida contemplativa. Vuelve a recorrer tierras, a caza de hechos. Esta vez el escenario de su actuación es el Tirol, en cuyas minas y fundiciones perfecciona sus conocimientos acerca de minerología y química, y acumula observaciones sobre la tisis y las enfermedades de los mineros, que expone en una obra especial, cuyo mérito sobresaliente es inaugurar el estudio de la patología y la higiene industriales. En efecto, PARACELSO pone en evidencia que las enfermedades de los mineros son causadas por los vapores de mercurio y arsénico, del antimonio y los ácidos, por las sales de cobre y plomo etc., que penetran en la sangre y los humores del organismo. En 1534 lo tenemos ya en camino hacia el sur, a pie, por el Paso del Brenner, a Meran y por el Bernina hacia San Moritz. Al llegar a Sterzing, asolada a la sazón por una epidemia de peste, en vez de seguir adelante, se consagra a poner en práctica los procedimientos de terapéutica epidemiológica que ha ensayado antes, y anota nuevas verificaciones, que expone en un pequeño libro. La fama del poder de PARACELSO contra las epidemias penetró tan profundamente en el alma popular, que hasta el siglo pasado, en épocas de cólera, peregrinaban los pobres a su tumba, en Salzburgo, invocando su ayuda, como la de un santo. El estudio que sigue al de la peste trata de las aguas medicinales de Pfaefffer, escrito a mediados de 1535 en el balneario mismo. El año siguiente nuestro héroe está en Memmingen, en querrela con un pastor protestante, el diácono PETTER ALGEWER.

Dedicado a la práctica profesional, con visitas a enfermos que, fascinados por su fama, le llaman de diversos lugares, como en sus buenos tiempos de Estrasburgo, PARACELSO consagra sus vigiliass a la preparación de su importante obra *Chirurgia magna*, en la cual aparecen originales y finas observaciones que concuerdan con la doctrina aceptada hoy en cirugía acerca de la infección de las heridas. La publica a mediados de 1536, y a fines del año la primera edición está

agotada. El primer libro de la **Chirurgia magna** lleva la dedicatoria al rey FERNANDO I, archiduque de Austria, a quien también dedica, ese mismo año, un escrito de pronósticos para los próximos veinticuatro años. Del rey recibe en Viena la promesa de ayuda pecuniaria para la impresión de la obra **De tartaro**, acerca de las enfermedades tartáricas (lo que hoy llamamos gota, artritis, calculosis), promesa que no es cumplida.

En 1536 y 1537 PARACELSO viaja por Baviera y Austria, de donde parece que retorna a Suiza. En mayo de 1538 se encuentra en Villach, ciudad donde moró treinta y dos años su padre, cuya herencia recibe entonces. Pocos meses después PARACELSO vive en San Vito, en Carintia, en cuyos archivos figura la inscripción de la obra **Kaartnischen Chronik** (Crónica carintiana), que comprende **De tartaro**, **7 Defensiones** y el **Labyrinthus medicorum errantium**. En estos dos últimos libros PARACELSO renueva el ataque a las "sectas galénica y avicénica" y ridiculiza los errores de los médicos, a la vez que repite la apología de sus propios métodos.

Con su peculiar vehemencia, propugna la sustitución de la medicina de opiniones añejas por la de los principios científicos comprobados, tomando como tales sus propias convicciones, a menudo fantásticas. Afirma reiteradamente que escribe sólo lo que él ha comprobado y no lo que otros enseñan. En efecto, no vacila en asumir la plena responsabilidad de sus aserciones, pues son para él tan fundadas como lo son para nuestros médicos de hoy las nociones científicas en boga.

El retrato que pinta HIRSCHVOGEL ese año y ciertos escritos de PARACELSO, permiten advertir que a los 45 años ya está cansado y envejecido, a pesar del porte que no deja de ser el de un hombre de combate. Su físico, como se sabe, es el de un varón pequeño, grueso, de facciones acentuadas, aunque no precisamente muy masculinas, bastante calvo y lampiño. En el cuadro a que me refiero, la maciza osamenta, con el mentón enérgico, revela que no es de los que se dan por vencidos, pese a los golpes del destino, a la marchitez del semblante y a la tristeza y vaguedad de la mirada. Muy suya es la frase que ha llegado hasta nosotros : "No presteis atención a mis sufrimientos; dejadme sobrellevar mis sinsabores". Los tres años que le quedan de vida, que no son de perfecta salud, pasan dominados más por deseos que no se cumplen que por

la esperanza renaciente. Al fin, el príncipe ERNESTO de Baviera, afecto a las ciencias de la naturaleza, le llama a Salzburgo, donde muere, a causa probablemente de un cáncer del hígado, el 24 de septiembre de 1541. Es casi un símbolo que su último lecho fuese un catrecillo de viaje. Su testamento acredita la firmeza de sus convicciones religiosas de buen católico, su amor a los pobres y una hacienda, que sin ser grande, revela que PARACELSO no fué tan pródigo y desordenado como le pintan sus detractores.

PARACELSO concibe la muerte como el término de la gran jornada de trabajo, con el apagamiento de la luz natural y la separación de las substancias en su debido instante. Pues, según su doctrina, “nadie muere antes del tiempo de sus frutos”, y “el hombre tiene en la tierra su jornada de trabajo, que debe ejecutar, y todo su trabajo es sólo una tarea, una sola jornada de trabajo; así que cuando muere, la jornada ha terminado”. En su caso fué así. Y su existencia, **continuus labor**, y el sentido de su obra escrita, han suscitado también diligencia interminable en numerosos hombres de estudio, desde su muerte hasta hoy. Examinemos en esta oportunidad lo esencial de tal creación, cuya vivacidad es prenda de inagotable riqueza.

MEDICINA NUEVA

PARACELSO es ante todo un médico genial, a quien las cosas propias del arte de curar se revelan en su primitiva originalidad. El instinto médico, misteriosa potencia que se manifiesta de manera anónima en la medicina popular, a la cual la científica de todos los tiempos debe sus más fecundas invenciones, inclusive el descubrimiento de los remedios fundamentales — tal es el guía de su experiencia y la fuente de sus inspiraciones. Y su actuación profesional es reconocida por todos, hasta por sus detractores, como sorprendentemente eficaz. El propio OPORINO declara que PARACELSO era celebrado por nobles y plebeyos como un segundo ESCULAPIO, califica de “prodigiosas y felices sus curaciones de toda suerte de enfermedades” y dice que “hizo casi milagros en tratar y sanar llegas, donde parecía haber poca esperanza”.

Desgraciadamente, el médico no puede comunicar a los demás el don práctico de acertar en el caso concreto, en cada

enfermo, singular, único, para el cual, y sólo para ese, vale lo que por él concibe y ejecuta en la coyuntura del momento. La esfera real del ejercicio de nuestra profesión es infinitamente más amplia que la de las nociones del saber científico. Por eso no hay médico verdadero sin la intuición que decide allí donde la ciencia es impotente. PARACELSO se refiere a esto cuando escribe : “Y aunque yo poseyese todo el arte del mundo, y lograrse toda su eficacia, y lo anotase todo, de punta a punta, todavía no he enseñado nada a nadie, ni vosotros haceis nada de lo que yo he hecho”. Tal verdad encuentra su fórmula simplificada en la sentencia de nuestro contemporáneo el gran cirujano SAUERBRUCH : “La medicina es lo más personal de lo personal”. De intento repito la idea, pues el progreso de la medicina científica — de utilidad innegable — y la confianza ciega que se otorga a toda suerte de generalizaciones, a base de aparato técnico o estadístico, rara vez señoreado por la inventiva, lleva camino de hacer olvidar a los hijos de ESCULAPIO la esencia artística de su profesión.

Estado semejante atravesaba la medicina en Europa en tiempos de PARACELSO. La nobilísima doctrina hipocrática, respetuosa de *φύσις* (**vis medicatrix naturae**), de los límites del conocimiento abstracto y del privilegio de la personalidad, incluso en la dolencia, había degenerado en esquematismo silogístico en la mente de la gran mayoría de los médicos, hábiles más en cotejar opiniones de comentaristas de GALENO, que en reconocer las enfermedades y asistir a los pacientes. La obra escrita por PARACELSO en la juventud, **Volumen Paramirun**, es toda una antropología médica fundamental, reveladora de su ansia de mostrar la diversidad de manifestaciones y aspectos de la vida sana y mórbida del hombre. “Reparad — dice a sus colegas — que las enfermedades no vienen de una sola causa, sino de cinco”. Esas cinco condiciones esenciales, o **entia**, aparecen como lo que hoy se llama el criterio constelacional o multidimensional de la nosogénia, en oposición a la simple causalidad lineal de la distrofia, de la lesión anatómica, de la infección o de la constitución, interpretaciones privilegiadas o exclusivas que prevalecen en la medicina contemporánea. Según el pensamiento de PARACELSO, **ens astrale** significa la influencia de las fuerzas cósmicas sobre el organismo humano como realidad física, sea condicionando su ritmo vital, sea favoreciendo el ori-

gen de las enfermedades, especialmente las epidémicas. De manera análoga a como actúa el seno materno sobre el hijo en formación, así el conjunto de la Tierra, el Sol, la Luna etc. influyen sobre el cuerpo del hombre, según sus respectivas situaciones y momentos. Esta visión paracélsica es idéntica en lo esencial con el principio en que se funda la novísima ciencia llamada cosmobiología.

El **ens veneni**, en la concepción de PARACELSO, es el medio ambiente que actúa de manera inmediata sobre el organismo, especialmente por las sustancias alimenticias, entre las cuales puede ingerir algunas dañinas. El estómago separa los principios nutritivos de los alimentos : asimila unos y elimina otros, los venenosos. "El pan es sangre, es grasa, es unto", o sea que gracias a la aptitud para descomponer y recomponer las materias, el cuerpo humano transforma y se apropia lo que le viene de fuera. En el concepto de **ens veneni** está en germen la teoría de la lucha del ser vivo con su ambiente, de tal manera que las reacciones fisiológicas del organismo frente a los agentes que del exterior lo invaden, son de índole defensiva de su equilibrio y mantenedoras de su norma funcional. De aquí a la concepción de los fermentos defensivos y la inmunidad no hay sino un paso, máxime si se recuerda que PARACELSO sostiene que "de donde se originan las enfermedades, de ahí también se consigue la salud en su raíz". No es otro el fundamento de la terapéutica actual de las enfermedades infecciosas por las vacunas.

Por **ens naturale** entiende PARACELSO el destino del ser corporal de cada hombre, su predestinación física, no moral, que determina su propensión peculiar a las enfermedades. Esto es, la constitución personal, con sus deficiencias y fragilidades congénitas. Las siguientes expresiones de nuestro autor no dejan lugar a dudas acerca de la importancia que da a la herencia. "¿Quién puede quitar o impedir lo que da el nacimiento?" "Lo que recibimos por herencia se conserva hasta la extinción de los herederos". Además, PARACELSO es un precursor de la concepción, reinante en la biología experimental de hoy, de que los cambios adquiridos por la influencia del medio sobre el cuerpo (soma) no se transmiten a los descendientes. A diferencia de las predisposiciones del linaje, que en su terminología corresponden a la materia pri-

ma (plasma germinal, según la moderna), los caracteres adquiridos por el individuo son mero accidente o estado circunstancial. Estos no pasan a los descendientes, "pues no se hereda ninguna **última materia**, sólo la **prima materia**". También se adelanta a su época aceptando la posibilidad de que puedan dejar de manifestarse predisposiciones genuinamente hereditarias en una o más generaciones, esto es, la herencia recesiva, luminosamente explicada, siglos después, por el monje GREGOR MENDEL. En efecto, a propósito de la epilepsia, cuya naturaleza hereditaria reconoció HIPÓCRATES, PARACELSO dice : "Con eso sabemos también que esto aparece por herencia, donde no en el padre ni en la mujer (madre), pero sí en el fruto" : se hereda la predisposición a pesar de no manifestarse en los padres que la transmiten. El papel que juega la herencia en patología le es cosa evidente y lo explica así : "El hombre que tiene un licor impuro (**beflekten**) no puede dar una buena simiente. Si el cuerpo de la simiente es corrompido, sordo y loco, así también nacerán los hijos. Pero un licor puro da una simiente también pura. De esta simiente pura procederán niños puros, perfectos en todos sus miembros, sin falta en el entendimiento ni en el físico. Este es también el origen de los niños contrahechos, lisiados y de mala índole". Como en nuestros días, da especial importancia a la herencia en las enfermedades mentales. De los **insani** dice que "por nacimiento traen del seno materno como una heredad, transmitida de unos a otros en el linaje", y explica que la insania puede ser debida a perturbaciones orgánicas durante el desarrollo del hijo en el cuerpo materno o a mala herencia del padre o de la madre. Por último, afirma que "las enfermedades hereditarias nadie puede curarlas ni cambiarlas", pues persistiendo la predisposición en el cuerpo, es imposible "curar en las raíces".

El **ens spirituale** comprende el aspecto mental del hombre y significa el reconocimiento de que pueden intervenir factores anímicos y espirituales en el origen de las enfermedades. PARACELSO admite que los padres forman a los hijos no sólo con su sangre sino con la educación y las manifestaciones de la convivencia. Asimismo comprende que el medio ambiente humano, social, moral etc., es capaz de influir como agente patógeno, de la misma manera que la naturaleza circun-

dante y, como nadie antes que él, aquilata la importancia de los factores psicológicos y la situación espiritual del paciente en relación con el proceso de la enfermedad. En su concepción dinámica del ser humano, el alma juega un papel decisivo, tanto patógeno cuanto curativo, por la conducta del médico, cuya "fuerza asienta en el enfermo mismo". PARACELSO da gran importancia a la imaginación. "El espíritu es el amo, la imaginación es el instrumento y el cuerpo la materia plástica". "Todo imaginar procede del corazón, Sol del microcosmos". "El imaginar es preñez en el hombre; y del imiginar surge la acción". "La imaginación es una fuerza de la voluntad que, con el pensamiento que aprehende, constituye esencias siderales (mentales); no se confunda con la fantasía, la cual es piedra angular de la insensatez". La imaginación o la fantasía pueden, pues, desencadenar fuerzas que se revelan como desórdenes somáticos. Asimismo, la imaginación, bien orientada por el médico, es útil para la curación. PARACELSO tiene idea del significado de la auto-sugestión, inclusive para la cura de las enfermedades. En general, su visión del campo que debe abarcar la diligencia del médico es amplia porque va, más allá del individuo enfermo, a su mundo moral y social, y profunda, porque adentra en el penetral del alma doliente. En esto es igualmente un precursor de la corriente actual de la medicina, atenta, según ya exigía PLATÓN, tanto al ser anímico del enfermo cuanto al corporal, constitutivos de una integridad indivisible.

Por último, el **ens deale** o **ens Dei** es la esfera que corona los demás **entia** y trata de la parte divina del hombre y la curación, cuyo proceso PARACELSO concibe como un retorno al orden establecido por Dios. Pues la enfermedad se le presenta con el carácter de perturbación de la armonía de los diversos factores dependientes de influencias cósmicas, telúricas, hereditarias y espirituales, sufridas por el individuo. La enfermedad, en último análisis, no es para PARACELSO discordancia de humores, discrasia, según pensó HIPÓCRATES, sino imperfección del **spiritus vitae**, esto es, un proceso fundamentalmente dinámico, una inadecuación de las fuerzas naturales de la vida. Y la naturaleza también "pone un cuidado igual en reunir y emplear todos los recursos que han

sido constituídos por Dios para repeler a la muerte”, y de los cuales se sirve el médico para vencer a la enfermedad.

Tan amplia como la concepción de la enfermedad es la manera de considerar la medicina sobre el fundamento de la “filosofía”, la “astronomía”, la “alquimia” y la virtud — las cuatro columnas del arte de curar, tema especial de la obra **Paragranum**, sobre cuyas ideas iniciales PARACELSO insiste con predilección en sus escritos posteriores. Comencemos nuestro examen por la primera columna. “El médico filósofo es igual a un Dios”, dice HIPÓCRATES. “El mejor médico es también un filósofo”, arguye GALENO. Y PARACELSO exclama : “Es una cosa grosera para el médico que se llame médico y sea vacuo de filosofía y no la alcance”. La filosofía de que se trata aquí es la “de los filósofos que son versados en las cosas naturales”, el conocimiento científico e intuitivo de las realidades de la tierra y el cielo; la experiencia, el saber y el arte de descubrir la fuerza operante a través de las apariencias accesibles, lo invisible en lo visible. Esta filosofía permite al médico asentar su acción sobre el hombre enfermo, no en exangües distinciones lógicas, sino en realidades consistentes y eficaces. Lo que se preconiza como primer pilar de la medicina es, pues, la ciencia de la naturaleza, como se ha desarrollado en los últimos siglos, aunque el pensamiento médico moderno acusa en este progreso una mutiladora propensión a sacrificar las categorías de la naturaleza animada en aras de las de la mecánica. La concepción dinámica y teleológica de PARACELSO, en contraste con la interpretación materialista, resalta en el juicio acerca de la anatomía, que formula en su **Chirurgia magna**. “Concidero como meros juegos de niños ese estudio de los hombres descuartizados, cuando se quiere esclarecer con él los más altos misterios de la medicina, aunque hay no pocos que estiman altamente este estudio y creen que facilita mucho la distinción de las enfermedades. . . Por ende, distinguimos una doble anatomía, una descriptiva (*localis*) y otra que apunta la significación (dinámica) de los elementos, **anatomía essentialis seu essata**. . . Por ende, habeis de dedicar vuestra atención a la anatomía que investiga las relaciones mutuas de las enfermedades en el cuerpo y los órganos del cuerpo específicos para determinadas enfermedades”. La lección es clara : los datos de la anatomía patológica tienen el valor inherente a la

interpretación del proceso mórbido activo. Suena como un eco de esta crítica el epigrama de un psiquiatra moderno, MOEBIUS, que dice : “El histólogo no debe dominar en la clínica, pues la división anatómica de las enfermedades embrutece”.

El segundo pilar de la medicina es la “astronomía”. Esto requiere explicación. En su *Astronomia magna*, PARACELSO, siguiendo una venerable tradición, sostiene que el hombre es “un extracto de la *machina mundi*”. Concibe el cosmos, a la manera de PLATÓN, como un gran organismo vivo, y al hombre como un pequeño cosmos. “Nada hay en el cielo ni en la tierra que no esté en el hombre”. “La primera madre del hombre es la Tierra, pues el hombre es hecho de tierra”. La identidad de macrocosmos y microcosmos no es sólo de substancia elemental, sino de fuerzas. “¿Por qué apetece comer el hombre si no es porque es de tierra? ¿Por qué, beber? Porque de agua es. ¿Por qué, respirar? Porque es de aire. ¿Por qué, calor? Porque de fuego es”. Importa al médico el estudio de los astros y del tiempo y sus cambios a causa de la influencia que ejercen sobre las enfermedades y su tratamiento. Pero le importa asimismo el conocimiento de la variedad y las influencias locales de la superficie terrestre. Que también en este sentido entiende PARACELSO la astronomía, lo demuestran estos pasajes suyos : “Pues en una comarca no hay toda clase de animales, ni en un huerto todas las frutas. Por eso quien se quiera cargar de astronomía, debe ser un andariego en busca de toda suerte de criaturas, reconociéndolas entre las mejores, desde el principio hasta el fin”. “Un médico debe comenzar por ser un astrónomo... también un cosmógrafo : no para describir cómo se llevan los pantalones en los (diversos) países, sino para atacar con decisión las enfermedades que les sean propias”. “Si uno quiere conocer muchas enfermedades, viaje también. Si viaja mucho, verá mucho, aprenderá mucho... Los humores ingleses no son húngaros, ni los napolitanos, prusianos”. Aparte de la sangre, “la tierra donde se nace naturaliza a un hombre”. En una palabra, PARACELSO, viajero a la manera del periodeuta HIPÓCRATES, tiene como éste la idea matriz de geografía médica.

La tercera columna de la medicina es la “alquimia”. Mérito sobresaliente de PARACELSO es transformar la ten-

dencia mágica de esta pseudociencia, debida probablemente a HERMES 'TRISMEGISTOS y cultivada por los árabes, en tendencia rigurosamente científica y médica; substituir el objetivo de la transmutación de los metales en oro por el de descubrir y preparar medicamentos. La parte positiva de la alquimia paracelsiana es química y farmacológica. Inicia en medicina el método de trabajo del laboratorio químico y enriquece el arsenal de la terapéutica con algunas sustancias como el sulfato de cobre y el cloruro de mercurio y rehabilita y difunde la aplicación de muchos otros compuestos minerales. Su farmacología **espagirítica** (analítico-sintética) es el prelude de la quimioterapia, ya que el fin que persigue es una terapéutica con agentes químicos que corrijan dinámicamente los procesos mórbidos del organismo; busca el cuerpo, la quintaesencia, lo que en nuestros días se llama el efecto específico de las drogas, eliminando las sustancias inútiles o dañinas que contienen : "El ruibarbo purga; lo que más importa saber ahí es qué produce el efecto purgante... No con la respuesta "el ruibarbo purga, coloquira etc.", sino con la respuesta "tal es el cuerpo que ahí purga"... pues los nombres no tienen virtudes (curativas), sino los cuerpos".

Son dignos de atención otros aspectos del criterio terapéutico de VON HOHENHEIM. La cuestión de la dosis es capital para él, como lo acredita su réplica al cargo que se le hace de propinar tósigos a sus pacientes : "Todas las cosas son venenos, y no hay nada sin veneno; sólo la dosis hace que una cosa no sea veneno". Convencido de que los fármacos no obran beneficiosamente en proporción con la cantidad y que su efecto depende más bien de la calidad, propende a las dosis pequeñas. Su sentencia: "Cuanto menos cuerpo, tanta más alta es la virtud (curativa) del medicamento", le ha valido el renombre de precursor de la homeopatía.

PARACELSO no sólo explica la acción terapéutica por el efecto químico de los cuerpos, sino que, revelando clarividencia, extiende ese criterio a la interpretación de las enfermedades que hoy llamamos del metabolismo. Efectivamente, su modo de concebir la patogenia del "tartarus" (gota, calculosis etc.) asimilándola al origen de las formaciones pétreas que deja el vino en los barriles viejos, representa un paso hacia el pensamiento moderno funcional y bioquímico, de la enfermedad y de la economía orgánica en general. "Que el tartarus

sea por sí mismo sólo **excrementum** de la comida y la bebida, que coagula en el hombre por su **spiritum**, cuando su propia fuerza de empuje (del organismo) no puede mezclarlo y expulsarlo con la mezcla...y queda en el cuerpo. De esta manera se originan muchas enfermedades por diversas vías, lo cual ha sido llamado hasta ahora por los médicos, antiguos y nuevos, no por la malicia o intención sino por ignorancia e incomprensión". "Lo que no es destruido se deposita en las concavidades de las articulaciones y los ligamentos y otras membranas...todo esto es un grueso licor tartárico que se mete en la ciática, en la artritis...que no son **podagra perfecta**, sólo licor tartárico en las articulaciones, junturas, ciático, nervios etc., que como un zumo denso da paroxismos como la piédra (cálculo) en su lugar". Sin embargo de que los cuerpos químicos mantienen el equilibrio corporal en el hombre, el funcionamiento de su organismo depende primariamente del "arqueo" (**archeus**), "conservator sanitatis" o "médico interior". Esto es, que la regulación bioquímica corresponde a una instancia superior : el cuerpo vivo no es como una retorta donde se operan reacciones químicas, sino un laboratorio regido por una entidad conservadora de la armonía, que PARACELSO llama también "maestro alquimista", semejante a la *φύσις* de HIPÓCRATES y a la *εντελεχία* de ARISTÓTELES. Según nuestro autor, el médico debe inquirir en los síntomas el sentido y el valor del esfuerzo del organismo para vencer las causas de la enfermedad, distinguiendo las manifestaciones ventajosas de las dañinas, ya que en el cuerpo humano, como en toda la naturaleza, intervienen movimientos opuestos, conservadores de la salud y perturbadores de la misma. Buena será la terapéutica del médico cuando sabe "seguir las huellas del **conservator naturae**". Sin duda, por aplicar este precepto, PARACELSO es enemigo de los rigores de la dieta, permitiendo a sus pacientes que satisfagan su apetito. OPORINO declara que su maestro les dejaba comer y beber a su gusto, para curarlos "con la panza llena". Por esto hoy se le reconocería como precursor de la terapéutica alimenticia, dados nuestros conocimientos acerca del papel de las vitaminas.

La visión orgánica de la naturaleza implica una correspondencia de fines, que para VON HOHENHEIM llega al extremo de que los cientos de enfermedades existentes tienen

sus remedios específicos, los cuales se revelan al médico por su expresión externa. "Cada enfermedad tiene su medicamento propio". "En la naturaleza, el mundo entero es una botica". Según la doctrina de la signatura astral, las plantas curativas muestran en su apariencia para qué son aplicables. Así, el jugo amarillo de la celidonia revela su utilidad en la cura de la ictericia y las hojas perforadas del hipérico son un remedio excelente de las heridas punzantes. No debe creerse, empero, que PARACELSO se contenta con tan superficial referencia. Aconseja a quien quiera enriquecer el arsenal terapéutico con nuevas drogas escogidas a base de la signatura, que las ensaye y verifique su efecto a fin de determinar si es realmente eficaz para la curación.

La cuarta columna de la medicina es la virtud, "que debe conservar el médico hasta la muerte, pues remata y sostiene a las otras tres columnas". La probidad, la rectitud y la firmeza moral son tan esenciales al médico como el saber y el arte. Su profesión requiere que se le reconozca digno de la confianza que se deposita en él, y sus acciones le revelarán persuasivo, paciente, consolador, como que su misión le ha sido señalada por Dios y no puede derivar de otro principio más fundamental. Esta es la fuente suprema del amor incorruptible, del "conocimiento del corazón, principio y fin de todo". "Donde hay amor al hombre, ahí hay también amor al arte de curar". "Arte y ciencia deben brotar del amor, si no, no hay perfección en ellas". El médico es para VON HOHENHEIM un mago caritativo, el mago cristiano por excelencia, que sirviendo al prójimo, le revela la misericordia divina. Con la mirada puesta en la estrella rectora, de la que todo depende, cumple la voluntad de Dios al descubrir la dolencia y el medicamento debido y al aprovechar la oportunidad pertinente en bien del enfermo.

He tratado de ordenar las ideas más originales de PARACELSO sobre la base de su antropología médica y de su doctrina acerca de los fundamentos del arte de curar. Para concluir este aspecto principal de su obra, señalaré sólo su actitud frente a la cirugía, la ginecología y la psiquiatría. En tiempos de PARACELSO la cirugía es arte desdeñado por los médicos, que ejercen casi exclusivamente bañeros y barberos, y alejado de la enseñanza académica. La universidad de Strasburgo constituye entonces excepción en esto, circunstan-

cia que no es extraña a la permanencia y actuación de PARACELSO en esa ciudad. Opuesto a la malquerencia reinante entre médicos y cirujanos, sostiene que unos y otros deben participar por igual en la ciencia y sólo diferenciarse en la práctica. Y por su parte, como hemos visto, practica la cirugía ampliamente y contribuye de modo efectivo a su progreso. "El médico que no es también cirujano —según él—, se presenta como un molondro que no es más que un mono pintado". No se puede negar que su actitud ha contribuido a dignificar el arte instituido por QUIRÓN y a unirlo estrechamente a la medicina.

Otra preocupación plausible de VON HOHENHEIM es la relativa a precisar la diferencia de los sexos tanto en el campo de la patología como en el biológico y el psicológico, con penetrantes observaciones acerca del femenino. Incluso, en sus especulaciones de patología trascendental, llega a sostener que el cuerpo femenino entraña una doble naturaleza o doble microcosmos, y que las enfermedades todas, vienen al mundo por la mujer, con el pecado original de Eva; de ahí que sea más enfermiza. Reputa **medicamina hermaphroditica** la usual, que trata a los enfermos de ambos sexos de la misma manera, como si cada uno no tuviera su patología especial. Aunque va demasiado lejos en esta dirección, es evidente su servicio a la ginecología, tanto desde el punto de vista de la justificación de la existencia de tal rama de la medicina, cuanto respecto de la ampliación de su dominio en el plano psicológico. Es curioso que manifieste tal preocupación y afirme que "un varón sin mujer no es perfecto para mandar y sufrir" un médico que, como hombre, nunca mostró afición al sexo femenino. *

Por último, PARACELSO da importancia a la psiquiatría, en primer lugar porque avallora la vida anímica en el enfermo, es médico del cuerpo y del alma de sus pacientes; en segundo lugar porque avanza en el diagnóstico preciso de los síntomas de las neurosis, se afana en explicar las personalidades anormales y en distinguir las formas de la locura. Las personalidades anormales, según su teoría, se deberían a la falta

* Son interesantes estas opiniones que emitió acerca de la mujer: "Debeis saber que en la mujer hay una cólera innata". "Gracias a la mujer llegamos a la fe". "En el ornamento femenino deben permanecer las mujeres y el hombre en el suyo. Ni uno ni otro (debe) caer en el ajeno".

de concordancia entre el ser espiritual y el ser vital del sujeto : “Así surge en ambos cuerpos una descomposición; el cuerpo elemental (vital) no mantiene la conjunción con el cuerpo sideral (anímico), sino que vive a su placer, o el cuerpo sideral busca otro ser y después trata con el cuerpo elemental. En quienes ocurre tal operación adulterina, se manifiestan los ingenios desconcertados, sin fundamento perfecto para ninguna sabiduría natural. Así surgen hombres indecisos, desigualdades interiores y falta de unidad fundamental” — lo que ofrece fáciles víctimas a la **aliena sapientia** o a la **stultitia**.

Los cuatro géneros de locura de la clasificación de PARACELSO corresponden a los “lunatici”, “insani”, “vesani” y “melancolic”. Son lunáticos los sonámbulos, los que tienen accesos frenéticos, “los que no usan su razón”, probablemente también los que — según la nomenclatura actual — padecen alteraciones de la conciencia o estados crepusculares. Su mal tiene por origen alguna influencia o relación lunar (¿periodicidad?). La insanía corresponde a la locura debida a factores hereditarios o de la gestación. La vesania es originada por los venenos e impurezas de la comida y la bebida, que perturban la razón y los sentidos. Los melancólicos pierden la razón por su propia naturaleza (psicosis endógena, como hoy se considera) y cometen desatinos. Además PARACELSO describe el síndrome maniaco en forma muy de acuerdo con la realidad, incluso respecto de la etiología y el pronóstico. Con gran decisión separa los cuatro géneros de locura frente a la posesión demoníaca, como lo hace también su contemporáneo el monje OFHUYS, quien reconoce un origen natural y un origen no natural a las psicosis. Es de gran interés teórico anotar que PARACELSO piensa que en la locura lo comprometido es la parte animal del hombre, y que la razón, lo divino en el hombre, no puede enfermar sino, a lo más, ser obscurecida temporalmente. En esto concuerda con ARISTÓTELES, quien refiere los efectos de la decadencia senil, de la embriaguez y las enfermedades mentales, no a afecciones del alma, sino del sujeto en quien ésta reside.

INTERPRETACION DE LA NATURALEZA

“Grande es quien conoce, estudia y vive la naturaleza y sus maravillas; y quien nada conoce, ni experimenta, ni sabe. ese está muerto”. “La misión del hombre es que debe experimentar las cosas, y no ser ciego en eso. Pues para ello está formado, para considerar las maravillas creadas por Dios y discurrir acerca de ellas. Al hombre le es posible ahondar en el ser y las cualidades de cada obra que Dios ha creado”. “**Qui vivit in natura, vivit in deo**”. Estos pensamientos de PARACELSO nos revelan la fuerza de su pasión cognoscitiva y amorosa del mundo, su ansia de penetrar la realidad, su placer de vivir y cogitar los datos de la experiencia. Su espíritu no se aquietta con un conocimiento superficial de lo existente y determinado, ni se satisface con las teorías ajenas. No persigue como el naturalista la precisa descripción de animales, plantas o minerales, ni la inteligencia de las relaciones causales de los fenómenos, sino la satisfacción metafísico-religiosa de participar en la vida íntima de la creación, de concebir el sentido trascendente de las potencias generadoras y animadoras del cosmos. Lo objetivo constituye mero estímulo para buscar lo primigenio y arcano. Quiere conocer el mundo “llegando al fundamento y hasta el fin”, y alcanzar con su propia experiencia personal los “grandes **mysteria naturae**”. El ser más insignificante se le presenta como fruto singular de la acción divina y reflejo del universo. **Omni-bus relucet in totun.**

En la concepción de PARACELSO, el mundo es uno, orgánico, viviente. Todas las cosas se relacionan por simpatías recónditas, por influencias impalpables, y subsisten animadas, sin consumirse, gracias a algo invisible, que es su principio y su fin. Dios ha hecho un **corpus** cuya **prima materia** es el caos, del cual se separan los cuatro elementos sensibles : el aire, el agua, el fuego y la tierra. Las partes constitutivas del **corpus** son las tres substancias fundamentales : mercurio, azufre y sal, que son y viven en todo lo creado “como el alma en el cuerpo”, sin ser precisamente eso. El mercurio es **spiritus**, es todo lo flúido y volátil, lo que se sublima como humo — principio aumentativo, reconstituyente y concretizador; el azufre es **anima**, lo que aúna las cosas opuestas y las transforma en un solo ser, lo combustible, que el

fuego destruye sin dejar huellas — principio calórico, vehículo de movimiento y concórdia; la sal es **corpus**, lo soluble y lo firme — principio conservador. No se trata de elementos químicos, sino de símbolos correspondientes a modos de determinación de la economía de las fuerzas naturales, de intuiciones semimetafísicas adecuadas a la inteligencia de los procesos empíricos, o si se quiere, metáforas expresivas del tanteo de lo inalcanzable, entrevisto bajo la especie dinámica.

En la cosmogonía paracelsiana se muestra con claridad la propensión a considerar los acontecimientos naturales como procesos vivos y de desarrollo irreversible. El caos, o "**mysterium magnum**", es precedido por el **ylliaster**, la materia anterior a la creación, **prima materia omnium rerum**, sobre la cual obra como agente, como mundo de ideas divinas. En cierto modo el **mysterium magnum** es producto de la impregnación de la materia inanimada por el espíritu promotor de realidad orgánica. A su vez, "el **mysterium magnum** ha sido una madre de todos los elementos y en ellos asimismo una abuela de todas las estrellas, árboles y criaturas de carne. Pues, como de una madre los hijos, del **mysterio magno** son nacidos todos los seres, sensibles e insensibles... es la madre de toda cosa mortal, y tienen su origen en ella, no en sucesión, sino en una creación, que les da substancia, materia, forma, esencia, naturaleza e inclinación... Una vez formados no tienen igual y no se repetirán... pues, lo mismo que el queso no vuelve jamás a ser leche, la generación no retorna a su materia prima". Con razón afirma OESTERLE que la historia del universo es aquí una embriología macrocósmica, y la embriología individual se torna historia universal microcósmica. Desde este punto de vista, también podría considerarse a PARACELSO como precursor de la teoría del progreso, pero en un sentido trascendental, pues llega a afirmar que "con el tiempo, Dios ha pulido, corregido y elevado hasta lo más alto las cosas; cuanto más tarde, tanto más".

Esencial para nuestro filósofo es la transición entre materia prima y materia última — eso es la vida, lo único que le interesa verdaderamente. Pero él no se contenta con ver lo transeúnte en el acontecer. Su pensamiento reconoce valor y realce a la realidad individual, al ser concreto, singular, inderivable y autónomo, sea efímero, sea eterno. La prueba de esto es su concepción vitalista del arqueo (**archeus**). El arqueo

es la potencia que genera las cosas a expensas del iliaster, las ordena en su esencia, las separa, confiere a cada cual el germen que le corresponde — **“archeus est ista vis quae produxit res, id est, dispensator et compositor omnium rerum”**. Cada criatura tiene en el arqueo el principio de su constitución orgánica y de su desarrollo individual, la tierra, cada planta, cada animal, cada hombre y hasta cada órgano del cuerpo tiene su **spiritus vitae**, su “ares” propio, su configurador y maestro alquimista. El microcosmos es independiente del macrocosmos, pues su índole particular, su diferenciación y su vida interior le vienen de su ares, que actúa de modo inmanente.

La relación entre microcosmos y macrocosmos depende del origen común de las fuerzas y materiales constitutivos de ambos, se remonta a la procedencia de la misma matriz. El macrocosmos no influye sobre el microcosmos por modo causal, tampoco influyen de esta manera unos microcosmos sobre otros. La continuidad de los cambios en un ser es de orden generativo, periódico y teleológico; lo que llega a producirse depende esencialmente de las disposiciones, de la espontaneidad, de las aspiraciones de los seres y del momento debido. “Nada debe medrar antes de su tiempo” No hay determinismo mecánico sino relación orgánica entre estímulo y fuerza generatriz con sentido final, o impedimento y perecer. El medio ambiente de una criatura es campo de influencias simpáticas y hostiles. Cada cosa es veneno mortal para las otras. “Si consideramos la filosofía terrenal — escribe PARACELSO — encontramos que no somos sino sólo polvo y estiércol, disensión y querella, sufrimiento y pesar”.

ANTROPOLOGIA

El estudio de la naturaleza, aunque corresponde a un movimiento espontáneo de su entusiasmo, no es el desiderátum para el gran pensador, quien en efecto, se pregunta: “¿Cuál es el fin de la filosofía y la astronomía sino el hombre?” El conocimiento de la naturaleza es el preámbulo de toda ciencia, pues “si el hombre enseña algo a los demás, debe ser lo que la naturaleza le ha enseñado, si no, no es nada”. “Primero saber, después creer y al último está el fruto — este es el fundamento de un filósofo”. El conocimiento del mundo y la acción del hombre en la Tierra deben tomar las cosas como

son, "bajo la ley de la necesidad de la vida"; sólo así es posible un auténtico "orden de existencia original y no falsificado". La importancia que da PARACELSO a la naturaleza es tan grande que le hace afirmar como evidente que "quien experimenta y ausculta mucho la tierra, comprenderá la resurrección". Sin embargo, no pretende derivar de la ciencia de lo externo todo el conocimiento del hombre. Incluso llega a creer que el mundo exterior es accesible gracias a la visión interna, pues advierte que "la naturaleza también es interior al hombre, como es externa entre los hombres", y aconseja : "Presta atención sólo a tu jardín interior...ahí el hombre aprenderá lo que nadie podrá enseñarle". "El hombre que no sabe quién es y qué es, se menosprecia a sí mismo y no sostiene nada sobre sí. De lo cual se sigue entonces que no hace nada bueno". Por último, convencido de que "la filosofía más noble es contemplar lo eterno", recuerda que "no se siga lo que debe cesar o permanecer en la naturaleza, sino que se inquiera y se termine en lo intemporal".

La antropología paracelsiana distingue tres aspectos fundamentales de la índole humana, cuya excelencia depende de su perfecta integración : ser elemental, ser sideral y ser divino. El elemental y el sideral tienen cuerpo, el primero consistente, el segundo etéreo. La parte elemental del hombre está constituida por las mismas sustancias que existen en la naturaleza, hechas carne y sangre. Es comparable con la esfera terrestre, su materia prima y primera madre. "De tierra y agua está constituida la casa de la vida", gracias a lo cual apetecemos las cosas terrenales. El cuerpo sideral, o alma perecedera, aunque es espiritual, en cierto sentido es material (como los gases), "tan sutil como la apariencia del sol". Unido al primero, constituye la vida animal, con sus propios movimientos. Este segundo cuerpo toma sus propiedades y su fuerza del cielo. Si el elemental es tierra y agua, el sideral es aire y fuego. Así la vida animal aúna lo terrestre y lo celeste — pues cuerpo elemental y cuerpo sideral no son dos cosas sino una sola realidad viviente. "Así forman una pareja...de lo que se sigue que el hombre es perfecto cuando los dos se unen en perfecta unión. Sabed que también las cosas pueden marchar de modo que ambos cuerpos puedan aduiterar, de la misma suerte que en un matrimonio de gentes una de las partes o ambas quebrantan el vínculo y no sostienen

la unión". La parte sideral del hombre apareja los sentidos y el entendimiento animal, cuyo alcance "se extiende hasta las estrellas", así como el placer y el dolor, los afectos y la voluntad motora. Conocimiento sideral, **lumen naturale**, es conocimiento terrenal. "La luz de la naturaleza muere con la carne". Mientras el hombre duerme, su cuerpo sideral puede salir al exterior, de donde retorna cuando despierta el sujeto. "Los ensueños tienen una práctica por la cual los cuerpos siderales son forzados a cumplir un deseo". Esta práctica no es conocida ni agradable a todos. PARACELSO se dedica a la interpretación de los sueños y da indicaciones al respecto, reconociendo que a menudo se originan en afectos y también que elaboran en la noche lo que ha ocupado la mente durante la vigilia. Y no se le oculta que la interpretación de los sueños es a menudo falaz : "por una vez que acierta, diez engaña".

El tercer aspecto de la índole humana es el que relaciona al hombre, no ya con las cosas perecederas, sino con las eternas, con Dios. Es el ser del espíritu, la parte divina. "Pues es verdad que el hombre es imagen de Dios, por eso tiene también en sí un espíritu divino". PARACELSO no vacila en afirmar que "somos también dioses, puesto que somos hijos de Dios". Sin embargo, reconoce que Dios está por encima del hombre, como autor de su destino, y que de su ser no sabemos nada, como el animal ignora el nuestro. En el espíritu la índole humana tiene su fundamento supremo y su coronación salvadora; sin él poco valdría el existir terrenal. "El espíritu no es el alma. Si eso fuese posible, el espíritu sería alma del alma, como el alma (el cuerpo sideral) es espíritu del cuerpo. Por eso el espíritu del hombre no es cuerpo ni alma, sino lo tercero en el hombre". Es lo capaz de hacerle enterizo en la perfección. "Que un hombre debe ser perfecto como la vida, que es perfecta, sea bello o mal formado como quiera, así vive y es cabal, y la vida no es quebrado. Asimismo, su sabiduría, su arte deben ser también enterizos, y sin nada descabal".

El juicio, la imaginación y la voluntad libre pertenecen al espíritu. Sin ellas el hombre carecería de autonomía moral y estaría sujeto al acontecer propio de los elementos y de las influencias atañederas a la parte sideral de su naturaleza. "Las cosas que se llaman impresiones, influencias, constelaciones etc. recaen sólo sobre el animal y no sobre el hombre".

“Pero a un hombre bestial la estrella lo gobierna, domina, compele y sujeta necesariamente... La causa no es otra que el mismo hombre no se conoce y no sabe aprovechar su fuerza (de ser espiritual) así oculta”. En cambio, el hombre consecuente con lo eterno de su ser ve el camino malo y el bueno y, decidido, escoge y sigue el último sin desfallecer. Ejercitando esta libertad, honramos a Dios y nos honramos a nosotros mismos, pues “no es digno de un hombre quejarse de no tener suerte; con eso ofende a Dios”. El hombre perfecto puede llegar a someter las cosas en una medida extraordinaria. “Si la sabiduría asienta en nosotros, manejaremos todas las cosas, y no sólo las fuerzas del firmamento, sino todo ser viviente”. Mas para el pobre de espíritu, el exceso de libertad lo hará peor, y acaso se ahorcará en la cuerda preparada por él o caiga en la fosa que él mismo ha cavado. “De ahí resultan querellas, disensiones y discordias de toda especie”.

RELIGION

A pesar de su perenne actividad de transeúnte, que encara y resuelve los problemas de la variedad individual de los hombres, los lugares y las obras, el alma de PARACELSO está prendida a lo absoluto con invariable firmeza, desde el principio de su existencia hasta el fin. Aun en lo peor del trá-fago, su espíritu reposa en la seguridad de la comunión incondicional. Su potente afán de conocimiento y servicio es la expresión terrenal de su ardor místico. Corresponde a su genuina experiencia personal lo que afirma del hombre : “Tiene la fe y la fe sobrepaja la luz natural y toda fuerza y poder de criatura”. Las cosas que ven sus ojos no son meras realidades de aquí y de ahora, finitas y precarias. Son ante todo la obra de Dios, signos rutilantes de su creación, a la vez deslumbradora e insondable. Según VON HOHENHEIM, la fe se robustece con el conocimiento de los signos, de las obras, de las maravillas de la naturaleza. Y “el invocar a Dios como Creador nos viene del **lumen naturale**, el invocarlo como Redentor nos viene de la fe, ...eterna como que es en Cristo”. “El sabio de la fe debe ser un filósofo; y el creyente que no es filósofo, no es sabio de la fe”.

PARACELSO no es tan místico que su alma repose sumida en estados de éxtasis, ni tan dado a la objetividad de las

cosas y los razonamientos que frustrare la substancia de su experiencia mística. Concibe el conocimiento y la fe unidos a la manera del matrimonio. Y su propio pensamiento se mueve entre uno y otro, tejiendo la tela de sus construcciones, a menudo sin alcanzar el orden y la consistencia de la razón. Su fe es incommovible y dirige todos los pasos de su entendimiento, sin la menor vacilación, sin asomo de duda. Su intuición, productiva en sumo grado por la influencia inspiradora de la hondura mística y del ajuste realista de su visión, cuaja en ideas originales y es consciente de sus límites siempre que la fantasía no frustrare la virtualidad auténtica de ambas fuentes. El siguiente pasaje nos muestra este buen fruto de la reflexión acerca de aquello que es inalcanzable al conocimiento humano : "Está suficientemente probado que actuamos en la incertidumbre aquí en la Tierra; pues no sabemos nada de lo que sigue y no sabemos nada de lo que nosotros mismos somos, bueno o malo, y lo que se siga de ello para nosotros. El hecho de que nosotros mismos no sabemos lo que somos, y nadie puede conocerse, sólo Dios, es la causa de que toda cosa sea incierta. Pero quien quiera estar seguro debe aguardar hasta el día de la resurrección. Lo que será dado entonces a cada cual, lo tendrá con certidumbre". No debe deducirse de tales expresiones que PARACELSO insinúe la doctrina de la predestinación, ya que sostiene la libertad humana. Es categórico a este respecto cuando escribe que "Dios ha dado a cada cual su conciencia moral y completa propiedad (de sí); con eso el hombre tiene dentro lo que debe poseer en razón, sabiduría etc., devoción, honestidad etc. Con todo esto debe contentarse el hombre y no investigar ni preguntar más".

PARACELSO no separa la filosofía de la teología. Siente y vive como verdad fundamental que el ser sólo adquiere sentido gracias a su relación con Dios : "Todas las cosas deben ser buscadas en Dios, pues emanan de Él mismo". Se transparenta en los escritos de PARACELSO la certeza de que la reflexión del filósofo aboca a la nada de su propia insuficiencia si no la anima y enciende el fuego de la fe. No de otra suerte se puede interpretar esta sentencia : "Si un filósofo no nace de la teología, carece de piedra angular en qué fundar su filosofía. Pues de la teología sale la verdad".

PARACELSO advierte que el hombre, en su ignorancia, concibe a Dios según su propia inclinación, según la actividad de su preferencia y por el hecho de que lo semejante debe reconocerse en su semejante. "Dios es un mercader para el mercader;... así es también para el rey, un rey, para el profeta, un profeta; para el caballero, un caballero; para el doctor, un doctor". También advierte que lo eterno del ser humano, aquello que es soplo divino — a diferencia de lo que en él encarna sólo naturaleza — no está sometido al médico". Sin embargo, se figura a Dios como "archimédico" y coloca al doctor a una gran altura, casi a la del sacerdote, en lo que respecta a la aptitud para reconocer y honrar la grandeza divina : "Pues el médico es el único que, de todos, puede loar y celebrar altamente a Dios; por eso conviene que sea el más instruido de todos. Porque quién es aquél que, en cualquier lugar que sea, puede conocer más exactamente que el médico mismo al hombre, lo que es, tal cual es y cuán grande ha sido hecho por Dios... Sólo el médico puede dar a conocer las obras de Dios, saber cuán noble es el mundo y cuánto más noble que éste es el hombre, y de qué manera uno ha nacido y procede del otro. Y quien no conozca estas cosas no debe vanagloriarse, en lo que sea, de la medicina. Pues el hombre es tan maravillosamente formado y ordenado, si se llega a su verdadera ciencia y si especula que es (hecho) según todas las cosas".

La religión es esencial al médico por infinidad de otras razones que PARACELSO, lleno de un feliz y sublime convencimiento, señala con prolijidad. Sólo indicaré dos de ellas. La primera es que Dios quiere que el médico, en su actividad creadora, investigue los arcanos de la naturaleza para curar al prójimo y se esfuerce por comprender la intención de la obra divina, la cual ha creado las plantas y los minerales curativos, uno para cada mal, y ha infundido en el instinto humano el don de tantear y encontrar lo conveniente a tal fin. La segunda razón es que de Dios, "Señor en cuyas manos están todas las cosas", debe esperarse la curación de las enfermedades, las cuales, por la situación especial del hombre que las sufre, mueven su alma al recuerdo de quien es su Creador. Aunque estado de naturaleza, la enfermedad tiene su origen en Dios y el paciente por eso puede despertar a la vida superior de la religión, a la convicción, cargada de incitaciones

trascendentales, de que la enfermedad y la muerte no terminan con el hombre; que la última solución está en Cristo : la salvación y la vida eterna, "donde no hay ni enfermedad, ni médico, ni muerte". Es claro que PARACELSO no pretende que la obra curativa del médico sea obra de la fe, sino de la caridad. Ni aun a este propósito deja VON HOHENHEIM de zaherir a los malos colegas : "Y los médicos inhábiles son los demonios del purgatorio, enviados por Dios a los enfermos".

Para terminar este capítulo sólo me queda referirme al catolicismo de PARACELSO. Toda su vida fué hijo fiel de la Iglesia, aunque eventualmente opinara a favor de un cambio en los procedimientos de Roma, y mostrase malquerencia a los monjes, como la mostró a los judíos y a los franceses. La Universidad de París le condenó como "heresiarca" tan peligroso en materia de ciencia como LUTERO en materia de religión". Esto, empero, no fué obstáculo para que el arzobispo de Salzburgo, a la muerte de VON HOHENHEIM, le hiciera fabricar un monumento funerario, en cuyo epitafio se ensalza su fama, su arte médico y su amor a los pobres. PARACELSO fué buen católico, lo cual no se opone a ser hombre independiente. Supo defenderse con gallardía y prudencia del cargo de *Lutherus medicorum* y de heresiarca.

Lo que consigno arriba sobre el espíritu religioso de PARACELSO basta para demostrar que su "reforma" de la medicina no requería la intervención de LUTERO en la escena de la historia. El "libre examen" protestante, ese lugar común de los historiadores fanáticos o mediocres, ignorantes de lo que fué realmente la Edad Media y la censura de la Iglesia, no ha sido condición necesaria para la renovación de la medicina y el nacimiento de la ciencia moderna. La investigación histórica de los últimos decenios ha puesto en claro que el amor a la naturaleza y el escudriñamiento de sus fenómenos no tuvieron trabas y que los mismos monjes se contaron entre los más eminentes cultores del estudio de la realidad objetiva. Ciertamente hubo entonces un considerable movimiento de ideas regido por ascetas que menospreciaron la carne; pero no fué menos vigoroso el que favoreció la simpatía y la admiración a las obras de la naturaleza. Aunque sorprenda a algunos, es un hecho que la aserción de PARACELSO : "Quien ama al alma, ama al cuerpo", está de acuerdo con la doctrina formulada en el Cuarto Concilio Lateranense del año

1215. La escolástica degeneró a veces en aridez de esquemas y sujeción a la letra de ARISTÓTELES; pero fué ante todo pensamiento vivo, empeño fecundo de aprehensión de la realidad. Incluso fué en esa escuela del pensar metódico donde alcanzó el conocimiento discursivo sus mejores frutos, el punto de partida necesario al comienzo del procedimiento experimental consecuente. Por último, el cultivo y la difusión de la literatura antigua, que se reputa obra revolucionaria del Renacimiento, no fueron cosa rara en la Edad Media, a la que nadie puede negar que conservó sus textos, ni que creó las primeras universidades. Los detractores de la "edad de las tinieblas" — en último análisis porque durante esa época se inventó la imprenta — hoy se ven obligados a confesar parte de la verdad aceptando que hubo "renacimientos" en el siglo XII, en el siglo XI, en el siglo X y hasta en el siglo VII. Las únicas tinieblas reales son las constituídas por la ignorancia de los historiadores, que faltos de datos positivos, oscurecen las épocas que estudian. Es absurdo, pues, el sostener que sólo en el clima espiritual del Renacimiento podrán prosperar las ideas renovadoras de PARACELSO.

No es esta la oportunidad de examinar en detalle esta cuestión. Pero viene bien al caso recordar que el más grande de los médicos de la Edad Media, el español ARNALDO DE VILLANOVA (1238-1311), profesor de la Universidad de Montpellier y médico de tres papas, proclamaba dos siglos y medio antes de PARACELSO que las doctrinas de HIPÓCRATES y GALENO habían perdido su valor, y que los médicos de la época estaban obligados a atenerse a su propia experiencia. DIEPGEN — a quien se debe el mejor conocimiento actual de este príncipe de la medicina medioeval — observa cómo fué posible la rebelión de ARNALDO frente a los dogmas de la medicina, esta quiebra de la sumisión a la autoridad, surgiendo de una concepción del mundo — la de la Iglesia — que, más que ninguna otra, había tratado de consolidarla. Enemigo del intelectualismo aristotélico, ARNALDO ataca con frecuencia a AVICENA y a AVERROES; afirma que las reglas concebidas por las grandes cabezas de la medicina deben ser pensadas de nuevo por cada médico; que seguirlas ciegamente es dejarse conducir como el ganado por la cuerda. **Ratio et experimentum** son las estrellas orientadoras de su actividad médica. Preconiza el principio de la inducción : ir de

los **singularia** a los **universalia**. Como repara DIEPGEN, aquí aparece, "en plena escolástica, el espíritu de una ciencia nueva". ARNALDO, afecto como HIPÓCRATES y PARACELSO a auscultar la opinión popular en materia de terapéutica, sostiene asimismo que el médico se hace a la cabecera del enfermo y que no hay medicina sin ciencia natural. En fin, reconoce los límites del saber profesional y se eleva a la **docta ignorantia** con su sentencia : **medicina scientia est, quae nescitur**.

EL OCULTISMO EN QUIEBRA

La extensión de la fama de PARACELSO como médico es seguramente mucho menor que la correspondiente a su aureola de ocultista. En la literatura esotérica se le llama "monarca de los arcanos". Y su idea de que la más alta misión del hombre es revelar todas las cosas ocultas, se interpreta a través de los siglos casi exclusivamente en el sentido de una iniciación en los secretos de la magia. Su lenguaje, misterioso, ambiguo y confuso, contribuye a que se le tome como "adepto" y paladín de todas las seudociencias y desorbitadas concepciones de ese jaez, y a que se busque en sus obras sólo el sentido oculto. Pero el origen principal, y el más grave, de semejante desatino es que PARACELSO realmente da crédito a las especulaciones más fantásticas así como a las supersticiones más groseras. Distingue seis especies de magia, cinco de nigromancia, catorce de necromancia etc. Llega a aceptar como realidad evidente que un hombre pueda hacerse invisible, y que tal hecho sea explicable por la fuerza de la voluntad, así como el efecto de los maleficios y hasta el de las maldiciones. ¡Con razón dijo de sí una vez : "yo soy una cabeza extraña" : Estas ingenuidades en un hombre de su valer no pueden explicarse con sólo invocar la influencia de las ideas populares en el siglo XV. Para invalidar tal explicación bastaría el argumento de la actitud, frente al mismo asunto, de ARNALDO DE VILLANOVA, a quien PARACELSO considera su precursor. El médico español, ya en el siglo XIII, comprende que los procedimientos brujescos son obra de impostura y artificio, y reputa como pura bobería toda la nigromancia de los autores árabes.

Pese al lado débil de la concepción paracelsiana de las influencias ocultas, comparable al de los espiritistas y teósofos de nuestros días, no todo en ella es ilusión y trascendencia fallida. Dejando aparte las especulaciones fantásticas que se atribuyen sin fundamento suficiente a PARACELSO, como la posibilidad de crear el "homunculus" y todos los despropósitos del escrito *De natura rerum* (que SUDHOFF tiene por apócrifo), hay evidencia de que se esfuerza eficazmente en sustituir el contenido supersticioso de la magia, la astrología, la alquimia y la quiromancia con el de un saber positivo, tratando de trocar la seudociencia en ciencia efectiva.

Así, trata de la magia, o mejor dicho de ciertas formas de la magia, como "arte conforme la luz de la naturaleza", esto es, no como artificio contrario a las leyes naturales. De otro modo no se comprendería que PARACELSO concibiera al médico como mago caritativo, que cumple la voluntad divina descubriendo los medicamentos apropiados y aprovechando las oportunidades convenientes para curar al enfermo; ni tampoco que hiciera, como hace, la distinción entre el santo y el mago: "que el santo obra gracias a Dios, el mago gracias a la naturaleza". Es claro que el médico actúa sobre la vida de sus pacientes manejando las fuerzas de la naturaleza, unas averiguadas e identificables, otras de índole o de modo de acción desconocida. ¿Qué médico puede enorgullecerse de conocer la íntima naturaleza de los agentes que emplea y de ser capaz de predecir todas las reacciones del organismo de sus pacientes? ¿Por qué y cómo curan la quinina, el arsénico etc. o el masaje, la cauterización, la electricidad, los rayos X, el hipnotismo? ¿A qué se debe que empleando los mismos procedimientos materiales unos médicos realicen a menudo curaciones sorprendentes y otros fracasen las más veces? No se puede negar que, pese al adelanto de las ciencias auxiliares de la medicina, todavía el arte de curar está lleno de problemas y desborda por todos los costados al saber riguroso y al procedimiento ponderable. Hace pocos años ERWIN LIEK publicó un libro con el título *Das Wunder in der Heilkunde* (El milagro en la medicina), en el cual pone en evidencia que la práctica del esculapio de todos los tiempos se basa en el juego de medios eficaces cuyo conocimiento racional está fuera de su alcance. En este sentido es legítimo que PARACELSO llame

mágico su arte, sin que ello implique influir sobre la realidad con la ayuda del demonio o cosa semejante.

En lo que respecta a la astrología, es evidente que VON HOHENHEIM no puede ser situado entre los ilusos del horóscopo, aunque por su práctica no se distinga sensiblemente de ellos. En su espíritu coexiste el pensamiento astrológico con el astronómico. Lo que no es de admirar, pues KEPLER mismo fué tanto astrólogo como astrónomo. Lo que he referido acerca de la concepción paracelsiana de micro y macrocosmos demuestra que lo esencial de la relación de uno con otro no se puede interpretar en el sentido de que la constelación entraña una fatalidad irrefragable para el sujeto desde el momento de su nacimiento. Pero hay más que eso. PARACELSO es muy explícito más de una vez en su concepto restrictivo de la influencia de las estrellas, como lo expresa a propósito de la herencia, de la protección maternal y la pobreza. "Si el feto concebido y nacido bajo los astros y planetas más benéficos y generosos por su influencia, recibe (sin embargo) una naturaleza diferente y plenamente contraria, ¿de quién es la falta? Ciertamente, de quien proviene su sangre, como lo enseña lo que sabemos de la generación. Juzgamos, pues, que los astros mismos no operan nada, sino sólo la sangre... De estas dos influencias (astral y generativa), una sola posee el poder necesario para ser una causa determinante, y ella es la entidad de la simiente". Pocas veces se encuentra en los escritos de PARACELSO una discusión tan concisa y concluyente como la de este pasaje. Y no con menor rotundidad se expide nuestro "astrólogo" acerca de la preponderancia de la influencia maternal sobre la estelar: "El niño no ha menester estrella ni planeta : su madre es su planeta y su estrella". Por último, tenemos la explicación de la desigualdad de la fortuna entre los hombres, no por la buena o mala suerte debida a la constelación a la hora de nacer, sino a causa de las cualidades innatas del carácter de cada cual. "Habeis decidido — dice a este propósito PARACELSO — que, para el hombre, la fortuna y la industria provienen de los astros, de tal suerte que uno medra más rápidamente que otros, uno por las artes y la erudición, otro por las riquezas... Atribuís invariablemente todas estas cosas a los astros... Mas nosotros invertimos todo esto e interpretamos este asunto de la manera siguiente : la fortuna misma proviene de la industria; la in-

dustría, del espíritu. Según el genio o el espíritu que posea cada hombre, es hábil para tal o cual cosa, y según que sea hábil para esta o aquella cosa, se hace rico”.

Hasta en los casos en que PARACELSO acepta la ingerencia astral en el destino del individuo — ciertamente, más en el sentido de la cosmobiología moderna que en el de los horóscopos — admite que no afectan a su ser superior ni a su libertad. He aquí una rectificación definitiva : “Dije que el hombre está sometido a Mercurio y sus semejantes, según entonces se encuentran en la figura del cielo; por eso le sobreviene tal y cual cosa. Ahora la diferencia es que aquí no debe entenderse el hombre, sino el animal, que él es; así quien dice del hombre, dice del animal y no del hombre... Y el hombre debe ser hombre y no animal”. Corolario : “Así no queremos quitar su curso a la carrera de los astros, pues no nos es posible. Pero tenemos poder para oponerle resistencia”. Es la misma actitud gallarda del espíritu humano frente al destino, que expresan maravillosamente los versos de CALDERÓN DE LA BARCA, en *La vida es sueño*:

**Pues aunque su inclinación le dicte sus precipicios
Quizás no le vencerán; porque el hado más esquivo,
La inclinación más violenta, el planeta más impío,
Sólo el albedrío inclinan, no fuerzan el albedrío.**

Todavía con mayor claridad se impone la intención realista de PARACELSO en el campo de la alquimia. Como ya hemos visto, su concepción de las tres sustancias fundamentales representa un avance sobre la alquimia arábica, y no sólo en el sentido cuantitativo de agregar la “sal” al par formado por el “mercurio” y el “azufre”. Antes de PARACELSO se admitía que estas sustancias esenciales no son idénticas al mercurio y al azufre ordinarios, aunque predominan respectivamente en ellos, y que la transmutación de un metal vulgar en otro noble se opera por la cocción en las entrañas de la tierra, proseguida durante cientos de años, pero que el arte de lograrlo en algunas horas es asequible al hombre por medio de la alquimia. La piedra filosofal, *lapis philosophorum*, constituye la sustancia hipotética con la cual se puede conseguir fácilmente la transmutación. Ciertamente, esto corresponde a una intuición certera, que la ciencia y la técnica

modernas hacen verificable : el descubrimiento de los cuerpos radioactivos y las investigaciones recientes acerca de la constitución del átomo evidencian la transformación espontánea de la materia y la posibilidad de acelerarla artificialmente, transformando un metal en otro. PARACELSO recibe de los alquimistas la mezcla confusa de nociones acerca de la posibilidad de fabricar oro y de indicaciones positivas de química. Es un hecho comprobado que durante toda su vida se interesó vivamente en el estudio del tratamiento de los minerales y hasta se inició en los manejos técnicos del ensaye. Parece probable que su padre se ocupara de esto en las minas de plata del alquimista SIGMUND FÜGER VON SCHWATZ, y que el propio PARACELSO recibiera de él las primeras incitaciones en este sentido. Por lo demás, en su tiempo nace la mineralogía con la obra de BASILIO VALENTÍN, *Bergbüchlein*, publicada en alemán el año 1505. El sistematizador de esta nueva disciplina es GEORG BAUER, llamado Agrícola (1494-1555). BAUER es médico y pone su atención en la mineralogía a causa de que en la literatura antigua se mencionan algunos remedios minerales, especialmente para el tratamiento de las enfermedades de la piel. Su libro *De re metallica* es el primer tratado de metalurgia. En él expresa su opinión...contraria a la creencia de los alquimistas acerca del mercurio y el azufre y se muestra reservado en lo tocante a la teoría de la transmutación. Pero PARACELSO va mucho más allá que estos germanos y que ROGER BACON, al proclamar como el verdadero fin de la alquimia, no el mágico de los egipcios y árabes, sino el experimental y científico de la química farmacológica. Qué actitud más terminante la revelada en este apóstrofe : “¡Atrás falsos discípulos que pretendéis que esta ciencia divina no tiene sino un fin, el de hacer oro y plata! La alquimia que deshonráis y prostituís no tiene sino un fin : el de extraer la quintaesencia de las cosas y preparar los arcanos (extractos poderosos), las tinturas y los elixires, que pueden devolver al hombre su salud perdida”. En este sentido la defiende cuando pregunta “¿Quién puede ser enemigo de la alquimia sin ser culpable?” y agrega : “Antes bien es culpable quien no la practica correctamente, quien no la aplica en debida forma”. Por último, para no dejar la menor duda de que PARACELSO concibe la alquimia como ciencia natural, ahí está su interpretación de la misma como

perfeccionamiento de la naturaleza, de igual manera que, en la práctica, “el panadero perfecciona el trigo en forma de pan y el viñador la uva en vino”. No se trata, pues, de nada esotérico. El arte espagirítico, del análisis y la síntesis, sólo manipula las materias primas de la naturaleza, no cosas del otro mundo. Es una disciplina que requiere inventiva y trabajo serio, paciente laboreo, como el del agricultor o el minero, y no secretos herméticos o fórmulas cabalísticas ni talismanes de Oriente.

¿Y qué decir de la quiromancia? PARACELSO la considera como unas de las partes del estudio de los signos exteriores del hombre, en su expresión estática y dinámica. “En las cuatro artes se conoce y descubre el misterio de lo oculto invisible, a saber, gracias a la **quiromancia**, en la parte más externa del hombre, como manos y pies, inclusive las líneas, arrugas, venas y rozaduras del cuerpo. Implica, pues, descifrar los **signa signata** de pies, manos, venas etc. La otra parte es la **fisionomía**, que debe interpretar las funciones de la cara y toda la cabeza. Este arte ofrece el **signatum** de los más altos pensamientos y modos de sentir... En tercer lugar, la **substantina** se atiene a la figura del cuerpo todo. Este arte enseña a reconocer en el hombre, como los otros dos, lo que alienta su sentido, sus pensamientos y su corazón y cómo se comporta íntimamente con ellos... Y en cuarto lugar, **usos y costumbres**, esto es, maneras y ademanes con los que el hombre se presenta y muestra”. En otro lugar PARACELSO reduce a tres las artes de los signos exteriores : quiromancia, fisionomía y hábitos, y en lo respectivo a usos y costumbres investiga el carácter, la fantasía, el ánimo, el corazón, el juicio etc. En lo referente a la quiromancia, el realismo de PARACELSO, a quien no se oculta que “La verdad está sólo en la obra y no en la palabrería”, casi concuerda con el de la famosa sentencia de BALTASAR GRACIÁN acerca de las manos : “encierran en sí la suerte de cada uno, no escrita en aquellas vulgares rayas, ejecutada sí en sus obras”. Pues no entiende por **signa signata** un sistema de señales cuya clave tenga la superstición pseudo-advinatoria, sino la expresión de lo interno en lo externo, del alma en el cuerpo, del hombre en su acción, cuyo sentido o nexos se alcanza por la comprensión instintiva y la experiencia de los hombres.

He procurado destacar la intención de PARACELSO, ruïnosa para el ocultismo dentro de las más genuinas formaciones del mismo : magia, astrología, alquimia y quiromancia. Con esto queda probado que no se le puede contar entre los maniáticos de la taumaturgia quimérica. Pero no presentaría a VON HOHENHEIN en su verdadera luz si tratase de exhibirlo como un empírico, que ve la escueta desnudez de las cosas, como si se agotaran en su presencia sensible o en su posibilidad práctica. Lo cierto es que en él llega al grado sumo una cualidad superior, que suele presentarse en los mejores adeptos del ocultismo, redimiéndolos de la ceguera de la superstición. Es el tono metafísico, el grano de sal místico, la admiración inefable de las maravillas del mundo, el ansia sublime de descorrer el velo de Maya. En PARACELSO llega a la exasperación el apremio de aprehender la intimidad de la creación. Y en su propio espíritu lucha con la terrible certidumbre de la dificultad de conseguirlo realmente. De ahí su desprecio para las teorías reconocidas, que apenas tocan tangencialmente la superficie aparente del ser. De ahí también su fantasear desconcertado y nebuloso, en que la exaltación y la creencia cortan el camino a la indagación objetiva, frustrada en construcciones nacidas más del entusiasmo inquisitivo o de la embriaguez del presentimiento que del saber logrado. Pero PARACELSO no es sólo un visionario sino también un vislumbrador de penetrales de la naturaleza. Enamorado de la verdad esquiva, siente la arcanidad de lo existente y cree en ella como muy pocos hombres en el mundo. Con el alma encantada, vive la efectividad del arcano en el prestigio de la creación, lozana e intacta como recién salida de las manos de Dios.

GERMANUS

Cualidad relevante de PARACELSO es el amor a la acción, la obra creadora penetrada de fervor y de espíritu. Si en la época moderna no hubiese adquirido un giro unilateral y desintegrativo la técnica, no vacilaría en considerar a VON HOHENHEIM como representante del genio técnico. Lo es, en efecto, en el sentido de las altas dotes de la inventiva aplicadas al bien del hombre, del propósito infatigable de cambiar la fisonomía del mundo según el sentido de las aspira-

ciones y posibilidades del alma, de incorporar las fuerzas de la naturaleza en la cultura, exornándolas y consagrándolas en forma de servicio divino. Tal es la alta disposición técnica de la raza germánica, que, unida a cualidades complementarias de la latina, ha hecho posible el nacimiento del formidable sistema de la máquina industrial moderna. Nuestro héroe revela esa disposición en su vida y en su obra, y la expresa en infinidad de sentencias. "No hemos nacido para dormir, sino para velar, listos para todas las obras de Dios". "Mi opinión es no obtener nada con la lengua, sólo con las obras". "La obra hace maestro y doctor". También está de acuerdo con el espíritu germano la comunión con la naturaleza y el afán andariego de PARACELSO; su afición a admirar y conocer lo extraño, a descubrir mundos, su **pathos** de la lejanía, su anhelo de infinito, son otros tantos rasgos del carácter gótico.

Semejante actitud de **homo factivus** se convierte en teoría, en concepción general de los fenómenos, que realza a VON HOHENHEIM como precursor de la ciencia moderna, no en el sentido de los sabios del Renacimiento, pues no se ocupa de indagar la causalidad mecánica con aparato matemático ni logra iniciar el método de los experimentos a base de hipótesis. Esto es extraño y hasta contrario a su manera de pensar, abierta a la espontaneidad rítmica y germinativa de los procesos del mundo animado y a su configuración orgánica. La fecunda originalidad de PARACELSO está en conjugar la enfática afirmación de la indole dinámica de los procesos materiales con los fines prácticos de la voluntad humana; sustituir el criterio estático y formal de los hechos, de las cosas como son dadas, **natura naturata**, por la inteligencia de las fuerzas operantes, **natura naturans**, y la tendencia mágica de la alquimia por los procedimientos del ensaye y la preparación químico-farmacológica; el ideal del **lapis philosophorum** por el de la iatroquímica. Enemigo del racionalismo estéril y de la mera contemplación de los fenómenos, VON HOHENHEIM busca un camino nuevo al saber, pero no llega a formular hipótesis a la manera de GALILEO, su especulación sobre la **scientia mutationum** y sus tanteos mitad metafísicos, mitad metódico-científicos, que llama **ars spagyrica**, constituyen sólo una suerte de imprecisa teoría incitadora del trabajo científico. Sin esto su cinetismo sólo habría sido como un

eco de la filosofía héraclitiana o del espiritualismo de PLOTINO.

Como hemos visto, PARACELSO es original también por introducir la lengua vulgar en la cátedra y en la literatura médica. Emplea el antiguo alto alemán y lo enriquece con infinidad de términos, unos tomados del pueblo, otros creados por él mismo. La propensión dinámica de su pensamiento no encuentra en el latín un vehículo adecuado de expresión. Pero los motivos principales para romper con la tradición culta son su amor a su lengua materna y a la naturalidad, y sobre todo la conciencia de la índole peculiar de lo que tiene que decir: "Puesto que nace una cosa nueva, ¿no debe tener nombres nuevos? Por eso escribo en alemán". Su contribución al arte de curar es para él la medicina alemana. "No hablo (alemán) tanto por el idioma cuanto por el arte de mi experiencia". Según GUNDOLF, competente en materia filológica, debe considerarse a PARACELSO "entre los hablistas alemanes más vigorosos del tiempo de LUTERO". Ciertamente, aun encuentra dificultades para expresar en su lengua la síntesis de lo concreto y lo invisible, para distinguir y relacionar la coexistencia, la sucesión y la disciplina lógica. Pero esto depende en buena parte del idioma mismo, que si es rico y diferenciado en lo que respecta al mundo de la experiencia sensible y de la vida espiritual, carece todavía, como ocurre en aquella época con todas las lenguas vulgares de Occidente, de elementos para significar los conceptos de las ciencias naturales y las finuras del pensamiento académico. En materia de estilo, PARACELSO "está a la altura de los pintores góticos, con la yuxtaposición sin perspectiva".

El sobrenombre de **Germanus**, que recibe en vida PARACELSO, le conviene principalmente tanto por su linaje cuanto por sus reiteradas declaraciones de alemán: "Soy alemán", "alemán nato"; "soy un filósofo a la alemana"; "me desprecian porque estoy solo, porque soy nuevo, porque soy alemán"; "escribo cristianamente, y no soy un pagano; soy un alemán, y no un gabacho; un intérprete, no un sofista". Pero VON HOHENHEIM no es un alemán como cualquiera otro. También en materia de espíritu nacional es un iniciador, es el primer alemán, el profeta del Imperio Alemán unificado y grande. Prueba de ello es su declaración: "Europa tiene su cabeza en Germania, pues Alemania es la cabeza de Europa" (Eu-

ropa hat sein haupt in Germania, dan Teutschland ist das haupt Europae). Este es uno de los motivos por los cuales se une el patriotismo al culto de que es objeto el gran médico en Alemania. A este propósito SINGERIST declara : "PARACELSO es alemán en todo su pensamiento, y sólo los alemanes pueden comprenderlo realmente. Cuantas veces el médico alemán medite sobre su misión, buscará el camino que le conduzca hacia PARACELSO, y hallará en él un guía".

Por último, para que el germanismo de PARACELSO sea completo, no le falta ni la aversión a los judíos y sus procedimientos. No citaré los pasajes en que ataca a los semitas. Respecto a la usura, condenada en todo tiempo por la Iglesia, dice : "Nadie que sea noble debe vivir de réditos". "Prestar dinero y recibir intereses destruye el beneficio común".

PLENITUD Y DESMESURA

En el alma de PARACELSO coexisten las ideas, las creencias y las disposiciones más contradictorias. Su vida, llena de tormentos, revela, al par que un carácter indómito y lleno de frescura juvenil, una lucha interior incesante entre su espíritu penetrado de religiosidad hasta la última fibra y el amor propio exacerbado; una ardiente caridad para el prójimo que no se compadece con el odio rencoroso para sus colegas; delicadezas nobilísimas en contradicción con la procacidad de expresiones que menudean en sus escritos; un modo de ser silvestre, a veces vulgar, con magníficas demostraciones de buen gusto y altísima civilidad; hombre de la Edad Media hasta la raíz misma de su ser, al par que rebelde frente a toda autoridad y forma establecida. Parece que en su propia persona se cumpliese el epigrama de que es autor : "Demasiados bienes producen demasiados males".

Creador errante que pasa por la escena del mundo renacentista sin sufrir la menor influencia de su espíritu, PARACELSO, con personalidad gigantesca, no cae en el culto de la personalidad. Como un sonámbulo, atraviesa la vida en el encantamiento de su entusiasmo, en su embriaguez de soñador prendado de lo arcano. Renovador de la medicina y del pensamiento científico, y médico práctico eximio, médico cristiano perfectísimo, fracasa tanto en la vida académica cuanto en el acomodo a su gremio. Intérprete genial de la natu-

raleza y apasionado admirador de la vida, excepto sus enfermos, no se detiene a estudiar las criaturas en que ellas se manifiestan. Religioso católico, consecuente desde el principio hasta el fin, y enemigo de LUTERO, da motivo para que se le considere herético y se le compare con el reformador durante siglos. Filósofo de la índole humana y propugnador del principio de que "cuanto más conocimiento de una cosa, tanto más amor", es incapaz de indulgencia para las opiniones ajenas. Ocultista práctico, imbuído hasta de los peores extremos de la superstición, arruina con sus críticas la razón de ser de las ciencias ocultas. Nacido fuera de Alemania y de madre suiza, es el primer gran alemán. Pese a toda la desmesura de sus manifestaciones, la plenitud de su mundo corresponde tanto al caos de lo que es frustráneo en él, cuanto al cosmos de su substancia auténtica — adquisición imperecedera en el tesoro del saber humano.

BIBLIOGRAFIA

KURT ARAM : *Magie und Mystik in Vergangenheit und Gegenwart*, Berlin, 1929.— ARTURO CASTIGLIONI : *Storia della Medicina*, Milano, 1936.— FRIEDRICH DANNEMANN : *Die Naturwissenschaften in ihrer Entwicklung und in ihrem Zusammenhange*, t. I, Leipzig, 1920.— P. DIEPGEN : *Hippokrates oder Paracelsus?*, Stuttgart, 1937.— PAUL DIEPGEN : "Die Weltanschauung Arnalds von Villanova un seine Medizin", *Scientia*, 1937, N° 1.— FRIEDRICH GUNDOLF : *Paracelsus*, Berlin, 1928.— FRANZ HARTMANN : *Theophrastus Paracelsus als Mystiker*, Leipzig, s.a.— FERDINAND HOFF : "Paracelsus un die aertzliche Frage unserer Zeit", *Münchener Medizinische Wochenschrift*, 1938, N° 43.— HANS KAYSER : *Schriften Theophrasts von Hohenheim genannt Paracelsus*, Leipzig, 1921.— TH. MEYER-STEINEG und KARL SUDHOFF : *Geschichte der Medizin im Ueberblick mit Abbildungen*, Jena, 1922.— FRIEDRICH OESTERLE : *Die Anthropologie des Paracelsus*, Berlin, 1937.— ACHILLE OUY : "Paracelse, sa vie et son oeuvre (1493-1541)", *Revue Internationale de Sociologie*, 1919, N° 9-10.— EM. RADL : *Historia de las teorías biológicas*, t. I, Madrid, 1931.— HENRY E. SIGERIST : *Grosse Aerzte*, München, 1931.— J. M. STILLMAN : "Paracelsus as a reformer in medicine", *The Monist*, 1919, N° 4.— FRANZ STRUNZ : "Theophrastus Paracelsus", *Scientia*, 1933, N° 8.— KARL SUDHOFF : *Paracelsus*, Leipzig, 1936.— ALFRED VOGT : "Die Weltanschauung eines Arztes. Betrachtung über die philosophischen Grundlagen der Weltanschauung des Theophrastus, gen. Paracelsus von Hohenheim", *Deutsche Medizinische Wochenschrift*, 1938, N° 39.